

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

*Captura, escaneo, corrección de galeras
y cotejo de originales*

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTICIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

3. 5. ENSAYOS SOBRE VALERA

Manuel Azaña
(1880-1941)

Valera frisaba en los cincuenta años al escribir *Pepita Jiménez*. Primer fruto que adviene a madurez plena en su espíritu, es, con todo, fruto de otoño: la mejor sazón de su ingenio. Temprana fue la siembra, largo el aprendizaje, la esperanza mucha, pero diferida al incierto esquilmo de una tierra más cultivada que fecunda. Antes de *Pepita Jiménez*, era escritor de autoridad, crítico entendido, único en saber de letras y del mundo, desdeñoso de la moda literaria, distante del público. Quizás pareciese confinado en lo que siempre había hecho: ensayos, y algún cuento de mucha erudición cifrada en alegorías donosas. Su designio apuntaba más alto. En los meses que preceden a la redacción de *Pepita Jiménez*, Valera boga por un remanso, y se dispone al esfuerzo que le permita subir de golpe a la celebridad. A un lirismo más violento, dispersión tan continuada le habría sido mortal. Vuelto sobre sí tardíamente, acaso no hallara sino estragos: potencias anuladas en el desuso, conatos, esterilidad. Por el contrario, la calidad de su talento se acendró en los titubeos. El verdor de abril ha pasado: he aquí el oro de octubre. ¿Qué va a encontrar en su espíritu? El saber filtrado, las ideas en orden, difícil el gusto. Raptos de sombrío fervor, que pudo, en la juventud, tomar por aletazos de genio, ya no le visitan. Su corazón se calma. La impaciencia de gozar «lo ideal y lo real» se ha trocado en inteligente amor a la vida. Tiende, con intenciones absolutorias, una mirada vasta y serena sobre horizontes que ensancha la cultura. La ironía, actitud magistral de Valera en la madurez, no proviene de vulgar descreimiento de menosprecio por la condición del hombre, de esquivéz ni desengaño, proviene de contrastar lo efímero diario, que tal vez nos arrebatara y anublando la razón empeora la vida, con lo eternamente valedero, serio y noble, que es parte de nuestro destino. Valera, por más que no admitiese una ciencia sin metafísica ni explicación empírica del mundo, establece su ironía en la experiencia personal y la historia. Pide una metafísica, sin decidir cuál sea: su metafísica tiene, cuando más, una parte sola: la estética. Cercano el medio siglo, regresa, catados los placeres, de un viaje ya largo. La sabiduría no le desengaña. No todo es vanidad. El don de la existencia es un bien positivo: pertenece a la razón discernir a los afanes su justo valor y alzarse sobre una armonía de contrarios a contemplar el plan divino y a parti-

cipar en su obra cuanto es posible. El hombre colabora con lo divino mediante la creación de la belleza. Su forma superior, la poesía, añade algo a lo creado, es intérprete de un pensamiento difuso en algunas apariencias, finalmente arcano. Por poco, Valera otorgaría al poeta el papel que Renán atribuye a los sabios. Aparte los ensueños del hombre transcendidos a las formas puras de lo bello, todo se esquilma en la carrera de la historia. Valera reverencia lo bello y no más. Las obras maestras del arte son acaso el único valor perdurable. Lo restante desde el punto de vista del entendimiento, es dudoso. También el poeta como los vulgares siente sobre sí el misterio que unifica sus destinos. Valera se aviene de grado con la incertidumbre: le preocupa no dejarse chasquear. En la representación poética de la vida, que no es embellecerla sino vaciarla en formas bellas, el artista no ha de confundirse con su obra: crea, y no compadece. La sonrisa de Valera brota al observar la contienda por objetos cuyo valor moral es dudoso o indiferente.

El esfuerzo de comprender *Pepita Jiménez* avivó en el espíritu de Valera energías desusadas. Escarbando, minando, veneros que discurrían perdidos bajo tierra le acudieron generosamente, acaudalaron el manantial literario. Se halló más rico de lo que tal vez pensara abastado de alegría, tan dueño de su arte que, a puro escribir bien, logró la sencillez, el candor. Le quedó la memoria de haber pasado entonces por el cenit. «Yo la escribí —decía de *Pepita Jiménez* en el prólogo de las ediciones de Appleton— en la más robusta plenitud de mi vida, cuando más sana y alegre estaba mi alma, con optimismo envidiable, y con un *panfilismo* simpático a todos, que nunca más se mostrará ya en lo íntimo de mi ser, por desgracia.» *Pepita Jiménez* recoge, condensa y nos devuelve en haz brillante las mejores luces del espíritu de su autor. No podrá superarla, por más que lo pretenda. El orgullo de haber acabado aquel cuento alegre —así lo califica— se entrevera de algún pesar, propio de quien toca en sus límites. Equivale *Pepita Jiménez*, por su elaboración artística, al hito divisorio en la biografía espiritual de Valera: también es crítico el instante en que la obra sobreviene, atendida la situación del autor en la actividad especulativa de su tiempo. Valera se esforzó por dejar a su novela, despojándola de pintoresco cuanto pudo, en posición extemporánea. Ni el tema primordial ni pormenor alguno obligan a si-

tuar exactamente la narración en un año cualquiera de su siglo. Podría ser del nuestro, entre gentes de la misma condición, y aun con las mismas personas figuradas en la novela, sin más que borrar algún leve apunte biográfico. El mitigado localismo ornamental de *Pepita Jiménez* conviene a cualquier lugar de la abierta Andalucía que se engalane de viñedos y olivares. El lector puede atenerse al «cuento alegre», a la pintura de los caracteres y del ambiente, a la creación artística: la obra permanecerá sin data, bellamente indecisa en un vasto jirón del tiempo. Mas en *Pepita Jiménez*, no de rechazo sino por confesado designio del autor, penetran otros valores, acaso menos sólidos que el del arte y de seguro independientes de él, salvo que el arte los levanta hasta su esfera y los transforma de puros conceptos que solían ser en criaturas emocionantes. Aquellos valores, designados por Valera con el vocablo de *panfilismo*, sí que tienen fecha, tanto en la vida del autor, donde perduran acaso más de lo que declara, hasta hacerse anacrónicos, como en el curso general del pensamiento hispano. El panfilismo de *Pepita Jiménez* espeja la actitud de Valera en las polémicas que acompañaron a la renovación de los estudios filosóficos. La especulación, perdiendo de su pureza y desinterés, salía, en cuanto se rozaba con las consecuencias prácticas de las doctrinas —religión, derecho, moral—, de la cátedra a la plaza pública: a la prensa, a las asambleas literarias, incluso a las asambleas políticas. Cohortes no muy numerosas de profesionales y aficionados; literatos y poetas que picaban en pensadores (Campoamor escribió libros «filosóficos») trocaron delante del público la meditación en disputa. Hombres políticos había con bagaje filosófico. En el parlamento se denunciaba el peligroso contrabando de la «filosofía alemana». Valera, atendido a su criticismo, hizo frente a lo que más le repugnaba en cada escuela, a ninguna con más vigor, resolución y gracia que al neocatolicismo de Valdegamas, combatiéndole en su principio, enemigo de la razón, y en sus aplicaciones políticas, al ver a los neocatólicos predominar, con Nocedal, en el campo del moderantismo. No le fue más acepto el radicalismo positivista, por su inopia de metafísica. Pasada la revolución, cuando los primeros gobiernos de la dinastía restaurada, haciendo buena la frase de Donoso, hubieron «revocado en el polvo las cátedras de los sofistas», Valera, bajo la alegoría de *Asclepienia*, se opuso a la moda que en el auge de la reacción católica triunfante pretendía imponer por norma un espiritualismo enfático, traducido a la vida social en apariencias beatas y devotas. La dirección krausista solicitó, como no podía menos, su curiosidad. Es sabido que en torno del krausismo se libró, corriendo la segunda mitad del siglo XIX, la gran contienda intelectual de España. Valera habría querido arrogarse en la polémica el papel de árbitro y

adjudicar el yelmo de Mambrino. Se burló de los krausistas porque escribían mal: a un literato de su gusto, la prosa descompuesta y el vocabulario disonante le causaban dentera. En la misma *Pepita Jiménez* halla ocasión de intercalar esta broma: «...en nuestros días, los krausistas, que ven a Dios, según aseguran, con vista real, tienen que leerse y aprenderse antes muy bien toda la *Analítica* de Sanz del Río, lo cual es más dificultoso y prueba más paciencia y sufrimiento que abrirse las carnes a azotes y ponérselas como una breva madura.» Sus burlas no pasaron a más. Simpatizó con el fondo conciliador de la doctrina, y se aplicó, por si curaba de espanto al vulgo, a mostrar que el panteísmo no era novedad monstruosa, ni tal vez novedad. Unos diálogos, *El racionalismo armónico*, con reminiscencias clásicas en la hechura, empezó a escribir, enderezándolos a popularizar los puntos que se discutían y a peinar un poquito las hirsutas prolusiones de los krausistas: quería filosofar con frase castellana y vocabulario puro. Salió a defenderlos, «por no trillado camino». Con textos de los místicos españoles, equiparaba la intuición de Dios al resultado del proceso subjetivo analítico, parte primera del método krausista, el cual proceso hace surgir espontáneamente la presunción de la necesidad de un ser infinito. Al meditar en la relación del mundo con Dios, quería desvanecer, también con textos de los místicos, la tacha del panteísmo, acentuando la tendencia conciliatoria con el teísmo cristiano. Por otra parte, «la civilización antigua, risueña y amante de la hermosura, pero liviana», introducía en el gusto personal de Valera y en su concepto de la vida, la complacencia en las realidades bellas del universo como se ofrece a los sentidos ingenuos, y un canon para corregir la exalación del espíritu, «cuando quiere apartarse con desdén de la naturaleza». Del catolicismo ponderaba, sin participar en la fe, las creaciones históricas.

Estaba, pues, en un punto de simpatía, de transigencia: nada es inútil en la energía espiritual, nada de ella se pierde; pero es aberración detestable querer saltar, si puede decirse, fuera del mundo que nos sostiene: el acuerdo de espíritu y naturaleza constituye lo humano. Si hay alguna tesis en *Pepita Jiménez*, concebida precisamente cuando el radicalismo en triunfo proscibía el ideario católico tradicional, es la de representar ese acuerdo bajo figuras novelescas. La pasión natural de amor encendida en el pecho de una Cloe andaluza, se espiritualiza y magnífica, se alza sobre el puro deleite al fundirse con el misticismo fracasado del amante. El entusiasmo del místico que se abisma en el centro del alma y desdeña la naturaleza proviene de un ideal inaceptable, pero útil y bueno todavía si, rebajado a la tierra, transige con los bienes del mundo inmediato. La conclusión brinda un ejemplo, que podrá no

hechizar a todos, de vida beata, armónica en lo posible: una caricia suave ahuyenta el desasosiego del místico por más altos bienes.

La tesis declarada (cuanto lo permitía la aversión del autor a la literatura ejemplar) en las páginas últimas de la novela, es la de *Asclepigenia*, compuesta bajo las mismas preocupaciones y con los mismos datos intelectuales que *Pepita Jiménez*, aunque le sea posterior en cuatro años. *Asclepigenia* se escribió, como *El racionalismo armónico*, para ilustración y recreo de algunas señoras aficionadas entre otros devaneos a las conversaciones filosóficas. En ciertos salones frecuentados por Valera, donde introdujo a su novel y fervoroso amigo Marcelino Menéndez y Pelayo, la filosofía ganaba adeptos. «La escuela de Atenas», «la escuela de Alejandría», «la Sinagoga», se llaman tales salones en la correspondencia de Valera y Menéndez y Pelayo: Gláfira, Hipatia, Rodopis, las damas que presidían en ellos. Sin barniz filosófico, los galanes más apuestos hacían feo papel. El bellissimo y elegante Eumorfo dice en *Asclepigenia*, dirigiéndose a Proclo: «Mis chistes y agudezas, mis habladurías, mis talentos de sociedad, todo queda deslucido sin algo de filosofía. La filosofía se ha puesto en moda entre las señoras de los círculos aristocráticos, a quienes sirvo, pretendo y tal vez enamoro. Me falta este charol; dámelo, y seré irresistible.» Situada la acción en Bizancio, la deliciosa *Asclepigenia* es, con todo, un apropósito que utiliza alegóricamente el tema de *Pepita Jiménez*.

AZANA, Manuel. "La novela de Pepita Jiménez", en *Ensayos sobre Valera*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, pp. 233-238, (LB, 300).

